

AÑO III

Revista ilustrada Hispano-Americana.

Núm. 126

SUSCRICIÓN PENÍNSULA

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses..... pesetas	3	3,50
Ses meses.....	6	7,00
Un año.....	12	14,00

Número corriente, 25 cént. Atrasado, 50.

Madrid 1.º de Junio de 1890.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CLAUDIO COELLO, 13, MADRID

Teléfono núm. 2205.

SUSCRICIÓN AMÉRICA

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro
un año.... 5 30

NÚMERO SUELTO: Un real fuerte.

Filipinas, un año..... 6 pesos fuertes.
En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Carnet de la Moda, por Clementina.—Explicación de los grabados.—Labores.—Los millones (continuación), por Julio Claretie.—La vida social (continuación), por Mario Lara.—La Cervara, por Julio Nombela.—A la luz de la lámpara, por El Abate.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—El regalo de este número.—Anuncios.

CRÓNICA

MIENTRAS que los periódicos comentan la petición que las señoras de la Rumanía han dirigido á su Sobrano, suplicándole que forme una legión de voluntarias para que compartan con los soldados los peligros de la guerra y los triunfos de la victoria, y en el Congreso de París se discute la donosa proposición que ha formulado un diputado, pidiendo que las mujeres puedan ser electoras y elegibles en cuanto cumplan los cuarenta. . . Octubre, París sigue ofreciendo espléndidas fiestas á la buena sociedad, sin que las bellas que toman parte en estas solemnidades se preocupen de las aspiraciones belicosas de las damas rumanas, ni de la probabilidad de representar á su país en los comicios si la enunciativa proposición llegase á convertirse en ley.

No se puede negar que hay en el mundo muchas mujeres que no están contentas con su suerte. O no han hallado su natural centro de gravedad, que es la familia, ó lo han buscado mal y lo han elegido peor, y sufren las consecuencias de su poco acierto ó su mala fortuna. Juzgan que la felicidad soñada y no conseguida vendrá con su emancipación, y de cuando en cuando no faltan innovadoras, ni coros que repitan las arias que aquéllas cantan regalando su oído.

Las mujeres convertidas en soldados, regimentadas, uniformadas, aprendiendo



NÚM. 1.—TRAJE PARA RECIBIR

NÚM. 2.—TRAJE PARA VISITA

sus creaciones, si el inventor aumenta los progresos humanos, si el trabajador cumple la ley de Dios y el militar se bate con heroísmo, á la mujer se debe. Cuanto más invisible es este poder moral y social que ejerce, mayor es su satisfacción.

Como dato curioso indicaré á las lectoras que M. Gasté, el diputado que ha pre-

AÑO III.—NÚM. 126.

el manejo de las armas y dando guardias ó batiéndose en el campo de batalla, serian una excentricidad. Que por la independencia de la patria, que por el amor de sus esposos y sus hijos hagan proezas en un momento dado y luchen y se sacrifiquen, se comprende. Lo que no se concibe es que realicen la aspiración de las mujeres de Rumanía, que pretenden imitar á las Amazonas de la fábula.

¿Por ventura no tiene la mujer una magnífica, noble y caritativa misión que desempeñar cuando se suscitan luchas civiles en los pueblos ó estallan terribles guerras internacionales?

Juzgo que las lectoras pensarán, como yo, que esas mujeres que desean formar batallones y manejar el fusil, no tendrán hijos á quienes cuidar y sentirán un santo horror hacia la aguja, que es la única arma femenil: arma que no destruye, arma que crea.

En cuanto á la proposición de ley que ha ocupado recientemente al Cuerpo legislativo francés, supongo que á las lectoras no las preocupará la idea ni el deseo de compartir con los políticos las tareas legislativas, y que comprenderán que absolutamente todo lo que hacen esos caballeros es obra suya, aunque indirecta. La verdadera fuerza de la mujer está en el hogar. Ella inspira al hombre de Estado, al diputado, al concejal; casi estoy por decir que entra por mucho su influencia oculta, misteriosa, íntima, hasta en los fallos de los jueces; y si el artista despierta admiración, si el poeta entusiasma con

3254

sentado al Parlamento francés la proposición á que aludo, for mula su deseo de este modo: «Quiero que el Senado se cons tituya con 150 senadores y 150 senadoras, y que el Con greso esté representado por 300 señoras y 300 caballeros.»

En apoyo de su teoría, no sólo alega el autor de la proposición el abandono en que los hom bres, únicos encargados de hacer las leyes, dejan los intereses de la mujer, sino que exige que esta hermosa mitad del género humano, tome una parte ac tiva en el gobierno de los pueblos, fundándose en que los caballeros vie nen dirigiendo la cosa pública desde tiempo inmemorial, sin haber con seguido abolir la guerra ni destruir los elementos que se oponen á la tranquilidad y á la ventura de los seres vivientes. Los colegas de este innovador saludaron con carcaja das su proyecto; pero el autor se ha empeñado en que siga los trámites reglamentarios. Dejemos nosotras las cosas como están des te hace muchos siglos, y des pués de consignar como simples noticias, curiosas y estrambóticas, las que acabo de comunicar, bus quemos á la mujer en su verdadero terreno, en las magnificencias de la vida social y en el ejercicio de las nobles virtudes del alma.

Desde estos dos interesantes puntos de vista, París ofrece durante la actual primavera el más agradable espectáculo. Las espléndidas fiestas se repiten con en cantadoras variaciones. Bailes de época, conciertos en los que las más elegantes damas se complacen en convertirse en coros, repre sentaciones dramáticas, nada falta para servir de teatro á las elegancias de la moda y favorecer las industrias que contribuyen á estas suntuosidades.

También la caridad se desarrolla como la más hermosa flor primaveral, y lleva su delicioso y benéfico aroma hasta á los míseros asilos de la más dolorosa miseria.

Pero vamos por partes.

La princesa de León, de quien ya he hablado varias veces, ha obsequiado á sus numerosos y selectos amigos con una *matinée*, en la que los protagonistas eran los niños. Entre querubines, mamás felices, papás encantados y jóvenes del uno y el otro sexo que podían contaminarse con el buen ejemplo, reunió la Princesa en el antiguo palacio de Rohan, que habita, más de quinientas almas... ¡Qué almas! Sin duda alguna más escogidas que las que enumeran los censos de población.]

Los niños vestían trajes de época ó trajes caprichosos, y el jardín era su punto de reunión. De todas las invitadas, sólo ciento veinte jóvenes habían recibido en su escuela de convite la amable orden de representar con el traje y el peinado la

época de Luis XV. Las damas ves tían de sociedad, á la moderna, y no desmerecían sus trajes y adorno de los del tiempo que se trata ba de evocar en la brillante fiesta.

La Princesa lucía un precioso traje de raso color limón, con *pa niers*, cuerpo de largo peto, según la moda de la época Luis XV, y un peinado *Pompadour*, adornado con plumas rosa.

Ocho señoras bailaron un *minueto* con otros tantos caballeros, que vestían el uniforme de los marinos de la misma época: casaca blanca con solapas encarnadas, chupa, calzón y medias encarnadas tam bién, tricornio negro, peluquín em polvado y zapatos con tacón encar nado y hebillas de plata. Los demás caballeros vestían el traje de eti queta actual, del que da una idea uno de los grabados que aparecen en este número de LA ÚLTIMA MO DA, siendo el frac encarnado.

Las señoras que bailaron el *mi nueto* se habían vestido y adornado como las señoras de la corte de Luis XV, habiendo para ello copia do fielmente estampas y retratos de la época.

La fiesta terminó á las nueve de la noche, después de haberse ser vido á los pequeños y á los mayo res una espléndida merienda en multitud de mesas cubiertas de flo res que llenaban el magnífico jar dín, mientras la orquesta, oculta entre los árboles, ejecutaba *pava nas*, *minuetos* y melodías de las que más boga alcanzaron en el pasado siglo.

Casi todas las tardes se celebran en los más aristocráticos palacios fiestas como la que acabo de rese ñar, y por las noches los concier tos, las representaciones dramá ticas y la exhibición de las *Sombras francesas*, de Caran d'Ache, pro

porcionan distracción y solaz á las clases distinguidas. Pero como antes indiqué, no se olvidan los felices de que hay desgraciados, y la caridad es además de una adorable práctica de las virtudes cristianas, uno de los precep tos de la Moda. Dos Sociedades b r cas son ob jeto predilecto de la atención de las señoras más aristocráticas, denominadas, una, *El desayuno de los pobres*, y la otra *El pan para todos*.

La primera se halla instalada en un vasto local, en el que desde que amanece has ta las diez de la mañana se sirve á todos

los pobre una taza de café y un pane cillo. Los que han pasado la noche al raso, los que han dormido mal, los que

necesitan fuerzas para recorrer du rante todo el día calles y plazas en busca de socorros, encuentran en ese desayuno los medios de adqui rir la energía necesaria para tan pe nosa tarea. La Sociedad de *El pan para todos* tiene análogo fin. Des de las once de la mañana hasta las

seis de la tarde sirve á los pobres una libreta y una taza de caldo. Cada día presiden por turno las señoras, en los mencionados esta blecimientos, la distribución de los refrigerios, y es muy frecuente

que se vean visitados por personas caritativas que acuden á llevar ofrendas para aumentar el capital destinado á tan caritativas obras.

Recientemente se apeó de una elegan te berlina un caballero de edad y pe netró en la casa donde está establecido

El desayuno de los pobres. Una ilustre duquesa se hallaba de guardia. — Señora,

le dijo el caballero, haga usted el obsequio de aceptar para sus protegidos este billete de mil francos, y no me agradezca usted la dádiva.

Pago una deuda, y nada más. Hace cuatro años que yo venía aquí, como esos infelices, á reparar mis fuerzas.

Sin este auxilio de la caridad, habría sucumbido. Con él he podido librarme de la pobreza y llegar á la fortuna. No será ésta la última visita que haga á este sitio, que me recuerda lo que pueden la voluntad propia y la caridad de las buenas almas.

¿Para qué añadir comentarios? — BLANCA VALMONT.

Carnet de la Moda.

Las modas masculinas van tomando un carácter muy diferente del que tenían en época no lejana. A los severos trajes de etiqueta completamente negros, suc den los fraques de colores; empieza á hablarse de pantalones cortos de seda gris perla, y las lisas pecheras son reemplazadas por pecheras plegadas, adornadas con

ligeros escarolados ó chorreras. Las corbatas de vestir, de raso blan co, forman lazos sumamente peque ños, y los *plastrones* que se usan durante el día son de tonos suaves y delicados. Deseando complacer á

nuestros suscritores consortes, les ofrecemos en la plana del centro de este número un grabado que repre senta el traje de rigurosa etiqueta,

adoptado actualmente por los jó venes más elegantes, y cuya deta llada explicación encontrarán en la sección correspondiente.

La Moda muestra en estos mo mentos muy marcada predilección por los grises pálidos: gris ceniza, gris de lino, gris plata, etc., é ins pira *toilettes* en extremo seductoras dentro de esta suave tonalidad. El

empleo de los bordados y encaje blancos, como adornos, contribuye no poco á dar á estos trajes un carácter de distinguida sobriedad,

muy apreciado por parte de las se ñoras de buen gusto. Cito á conti nuación dos trajes grises que mere cen ser copiados: el uno por su en cantadora sencillez, y el otro por su original elegancia.

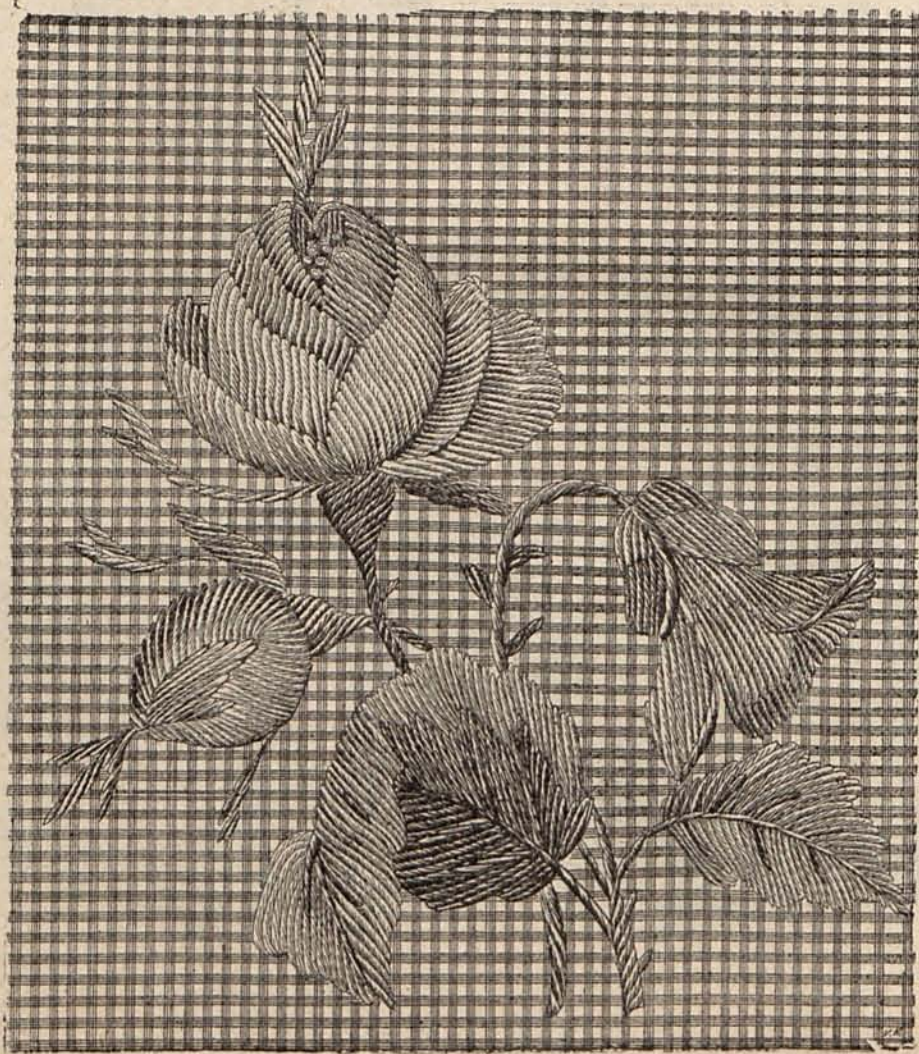
El primero es de bengalina gris de lino. Falda recta, guarnecida en el borde con un ancho entredós de encaje Renacimiento. Túnica ple gada en la parte de detrás. El de lantero se recoge ligeramente sobre la primera falda por medio de tres

frunces hechos á lo largo en los costados, á unos seis centímetros desde la cintura. Estos frunces des aparecen bajo entredoses de encaje Renacimiento. El cuerpo se frunce todo alrededor sobre un ancho ca nesú liso, escotado en forma de co razón, y adornado con un cuello Luis XIII, de encaje Renacimiento.

Mangas de bengalina. Hombreras, puños y cinturón ruso, de encaje



NÚM. 3.—«POUF» BORDADO AL PASADO



NÚM. 4.—DETALLE DEL BORDADO DEL POUF NÚM. 3

Renacimiento. El modelo segundo se hace con crespón de la China gris, ceniza y piel de seda del mismo color, un tono más oscuro. El cuerpo, muy corto, se drapea y ancha sobre un canesú de piel de seda, salpicado de pipitos de margaritas bordadas al pasado con seda blanca. La parte alta del canesú se escota en redondo sobre una camiseta de fino tul, blanco menudamente rizada. Mangas haciendo juego con la camiseta; segundas mangas de piel de seda bordadas al pasado. Falda recta, formando media cola. La parte baja del delantero se guarnece con una ancha tira de piel de seda, sobre la que se admiran caprichosas guirnalas de margaritas bordadas al pasado.

Durante la pasada semana ha sido objeto de atención general una novedad que ha hecho su triunfante aparición en París; y á fe que ha sido bien discutida y comentada en los centros de la Moda. Consiste en una toca formada por una serpiente de azabache y perlas de tornasolados matices. Esta aparece arrollada en torno de un abullonado de gasa negra, de modo que la cabeza del reptil resulte colocada en la parte alta del centro de delante de la toca. No auguro larga vida á esta fantasía, pues si bien su novedad es indiscutible, peca, en mi opinión, por lo exagerado de su originalidad.

Las faldas interiores que se preparan para la estación calurosa ofrecen un aspecto encantador, tanto por la frescura y ligereza de las telas que se emplean en su hechura, como por la riqueza y buen gusto de sus adornos. Los tres modelos que á continuación describo llevan el sello de novedad con que las ha engalanado la Moda, y son recomendables bajo todos conceptos.

Primer modelo.—Es de tafetán violeta pálido. El delantero está completamente liso, y el delantero de la falda se reúne en el centro de detrás por medio de una ancha jareta sujeta con un lazo de seda violeta. La parte baja de esta falda se guarnece con un ancho volante fruncido, de encaje color marfil. La cabeza del volante desaparece bajo un abullonado de tafetán.

Segundo modelo.—De seda *Pompadour* de tonos rosa pálido y crema. La forma es siempre la misma. El borde inferior se adorna con un volante de la misma tela, sobre el que se coloca un segundo volante de encaje formando agudos picos, y sujeto con una especie de guirnalda de menudas escarapelas rosa y crema.

Tercer modelo.—Falda de *surah* crema. El delantero se raya por medio de estrechos galones azules colocados al través. El borde inferior se guarnece con dos volantitos de *surah* azul, y la parte de detrás con cuatro volantes de la misma tela, colocados uno encima de otro.

He aquí un traje de luto, muy á propósito para la actual estación:

Cuerpo muy corto, de muselina de lana negro carbón. Los delanteros se abren para dejar ver un ancho y puntiagudo *plastrón* de crespón inglés, sujeto por medio de dos galones de fina pasamanería negro mate, imitando guirnalas de pensamientos. Mangas huecas de crespón inglés. Las hombreras y los puños se adornan con galones de pasamanería. Cinturón ruso de lo mismo, cerrado detrás con una escarapela de crespón inglés. Falda recta, formada con anchas palas de muselina de lana, separadas entre sí por quillas de crespón inglés.

Dos clases de velos han de usarse durante el verano; el velo de tul liso sumamente fino, salpicado de motitas diseminadas sobre el fondo, y el velo de tul de tela de araña, novedad que presta al rostro singular favor. En cuanto á los colores del tul, no hay duda que el blanco y el negro serán, como siempre los preferidos; pero esto no impedirá en modo alguno que usen velos de colores pálidos las señoras que muestren por ellos alguna predilección.

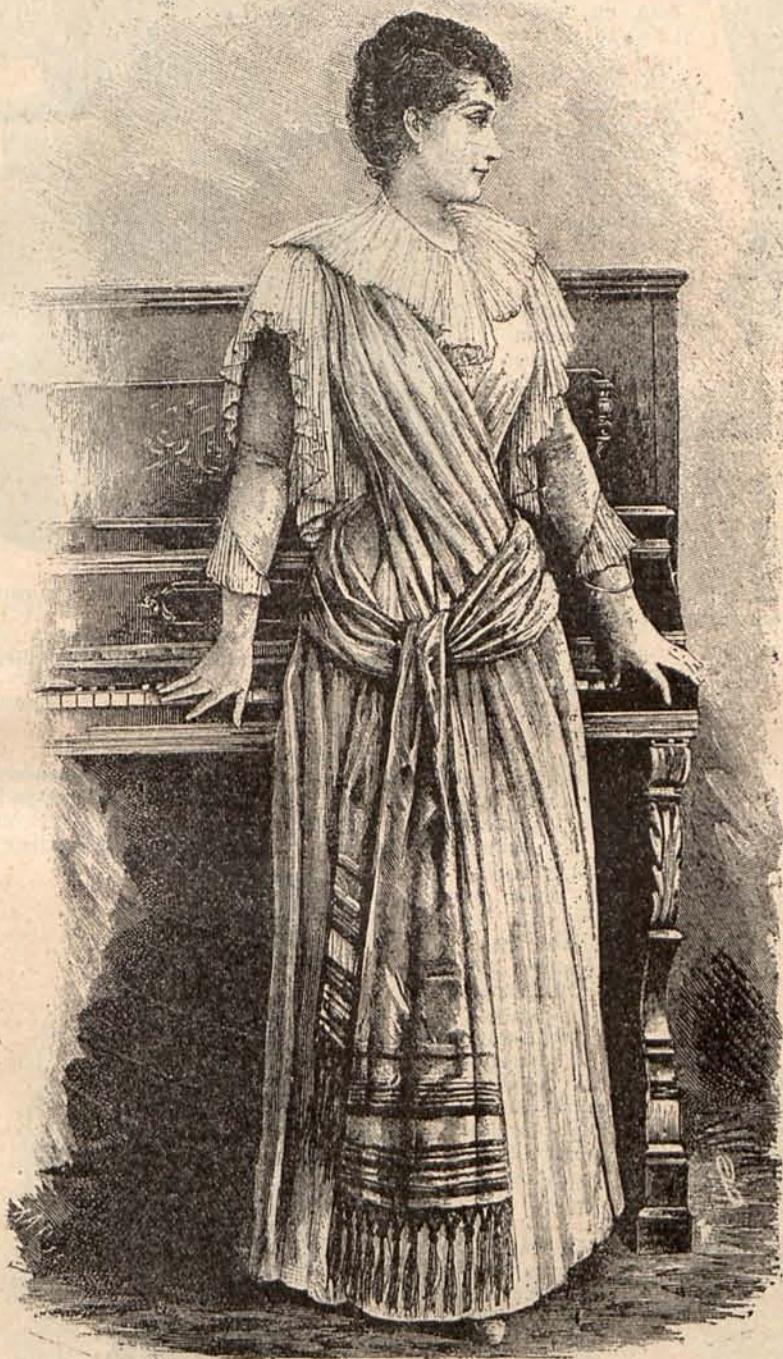
La caprichosa costumbre de mezclar las joyas con los adornos de los trajes de baile, *soirée* ó recepción, se va generalizando, con gran contento de las señoras elegantes. Los pliegues, las draperías y las escarapelas se sujetan con broches de pedrería ó pequeñas mariposas de oro cincelado, chispeadas de brillantes. También se usan mucho las inmensas hebillas de oro cincelado, cuajadas de amatistas. He visto un cuerpo para teatro en el que los botones estaban sustituidos por una serie de camafeos, que podrían figurar en un museo

por su antigüedad y mérito artístico. No puede imaginarse el buen efecto que producía este adorno, digno de una Princesa.

CLEMENTINA

Explicación de los grabados.

Núm. 1. **Traje para recibir.**—De velo azul claro. Cuerpo sin pinzas, cerrado en el costado y abierto en la parte alta con un *plastrón* cuadrado de pasamanería azul oscuro. Mangas lisas con aplicaciones de pasamanería. Falda recta, guarnecida en el costado y borde inferior con aplicaciones de pasamanería azul oscuro. Túnica ligeramente recogida en el delantero. Tela necesaria: 8 metros de velo, doble ancho.



NÚM. 5.—TRAJE DE CAPRICHIO

Núm. 2. **Traje para visita.**—Es de muselina de lana color violeta. Cuerpo chaqueta, fruncido en la cintura bajo una pequeña aplicación de pasamanería. La parte alta del pecho, lo mismo que las puntas de la chaqueta, se adornan con pasamanería color pensamiento. Mangas de *pekin* violeta. Falda plegada, semicubierta por una túnica guarnecida de pasamanería. Dos inmensos lazos de cinta violeta se colocan sobre el delantero de la túnica. Esclavina de la misma tela que el traje, con cuello Médicis. Los contornos se rodean con tres galones de seda color pensamiento. Toca de *surah*, adornada con plumas. Tela necesaria: 12 metros de muselina de lana, doble ancho.

Números 3 y 4. (Véase Labores.)

Núm. 5. **Traje de caprichio.**—Larga túnica, drapeada y cruzada, de velo rosa muy pálido, adornada con un ancho cuello *Pierrot* de linón blanco menudamente rizado. Ancha banda de crespón de la China azul pálido, con cenefa y fleco color de cereza, se anuda floja en torno de las caderas. Mangas de velo, segundas mangas y vuelillos de linón blanco, rizados en la misma forma que el cuello.

Núm. 6. **Cuerpo para calle.**—Es de lana rayada

en tonos oscuros. Los delanteros se cruzan sobre un chaleco de terciopelo cincelado. Cuello vuelto y solapas de la misma tela que el chaleco. Mangas lisas con puños de terciopelo.

Núm. 7. **Cuerpo para teatro.**—De piel de seda heliotropo, adornado con bordados de fina *soutache*. Los delanteros se abren para dejar ver una camiseta de encaje negro, sujeta por medio de un cinturón de seda heliotropo, anudado en la parte de detrás. Un ancho volante de encaje rodea la parte inferior del cuerpo. Mangas fruncidas de encaje negro, semicubiertas por segundas mangas de piel de seda primorosamente bordadas.

Núm. 8. **Sombrero Pilar.**—El ala, recta, es de tul negro, menudamente perlado. La copa se adorna con una preciosa rosa con follaje, colocada sobre escalonados de encaje.

Núm. 9. **Cuerpo para comida.**—

De *pekin* rubí, con grandes solapas de faya gris perla. Los delanteros se abren sobre una camiseta de *surah* rosa pálido, escotada en forma de corazón. Mangas de *pekin*, con carteras de faya y vuelillos de encaje blanco. Cinturón de *pekin* de seda.

Núm. 10. **Cuerpo para paseo.**—Es de cachemir color pan tostado. La parte baja se adorna con un canesú de encaje sobre transparente de seda. Mangas de encaje.

Núm. 11. **Traje para paseo.**—Cuerpo de lanilla beige, drapeado y anudado sobre un *plastrón* de lana cuadrículada azul y beige. Mangas mitad de lana lisa y mitad de lana cuadrículada. Falda recta, guarnecida en el borde con una ancha tira de lana cuadrículada. Túnica plegada, con quillas de tela cuadrículada. Pequeña toca de gasa abullonada. Tela necesaria: 11 metros de lana lisa, 5 de lana cuadrículada, doble ancho.

Núm. 12. **Traje para niña de cuatro á seis años.**—Falda formada por dos volantes de encaje crudo. Túnica de velo color masilla, guarnecida en los contornos con galones de terciopelo azul. Cinturón de lo mismo, anudado en el costado. Cuello vuelto y *plastrón* de encaje crudo. Mangas huecas. Sombrero de paja, adornado con lazos de cinta.

Núm. 13. **Traje para calle.**—Cuerpo chaqueta de cachemir verde mirto, cerrado por medio de seis botones de metal. La parte alta se adorna con un *plastrón* de tela rayada, rodeado de un ancho bias. Mangas lisas. Falda recta. La parte baja se adorna con dos tiras de tela rayada. Toca de paja mordorada. Tela necesaria: 9 metros de lana lisa y 2 de tela rayada, doble ancho.

Núm. 14. **Traje para paseo.**—Cuerpo coraza de cachemir azul marino, con pequeña esclavina de la misma tela. Uno y otra se adornan con galones de terciopelo azul oscuro. Falda de muselina de lana, fondo crema, con motas azules. El delantero se guarnece con tiras de lana cuadrículada de los mismos colores que la muselina. Toca de *surah* azul, adornada con una escarapela de cinta. Tela necesaria: 2,50 metros de cachemir y 4,50 de muselina de lana.

Núm. 15. **Traje para niña de seis á ocho años.**—Blusa larga de *cheviotte* azul oscuro, sujeta con un cinturón de cachemir de piel amarillo cerrado por hebilla de acero. Cuello marinero de piel de seda color marfil, abierto sobre un *plastrón* de lo mismo, rayado por medio de galoncitos azules. Mangas lisas. Bolillos y carteras de la misma tela que el

cuello. Calcetines listados. Zapatos de charol. Sombrero de paja, adornado con áncoras y cintas azules.

Núm. 16. **Traje de «soirée» para caballero.**—Frac de fino paño encarnado, forrado de seda del mismo color. Chaleco muy escotado de seda blanca. Camisa menudamente plegada, formando un ligero escarolado en el centro de la pechera. Corbata de seda blanca. Pantalón corto, de raso negro. Medias de seda negra, zapatos de charol, y clac.

LABORES

Núm. 3. **«Pouf» bordado al pasado.**—El fondo es de terciopelo ó paño muy fino, y se adorna con bonitos bordados hechos al pasado.

Núm. 4. **Detalle del bordado del «pouf» número 3.**—Para hacer esta labor se coloca sobre la tela del fondo un pedazo de cañamazo de Java del tamaño necesario. Sobre este cañamazo se dibujan y bordan los ramitos. Para las hojas se emplea seda de tres tonos verdes. Las flores, después de rellenarlas con algodón, se bordan con seda de dos tonos rosa. Después de terminado el bordado, se sacan los hilos del cañamazo

AÑO III.—NÚM. 128.

LOS MILLONES

POR JULIO CLARETIE

(Continuación.)

¡Si! Andrea hubiera querido ir a decir todo esto al pobre hombre que, refugiado en su escritorio, sollozaba tal vez. Por fin, empujó la puerta suavemente; atravesó el salón, lle no de sombras, porquesele iluminaba una lámpara en medio de las tazas de té vacías y de los restos de las pastas y dulces que apenas se habían probado, y entró en el gabinete. Su padre ya no estaba allí. Había bajado a su despacho por la escalera de servicio, toda vez que no le había visto pasar por la antesala.

Se asomó por una de las ventanas del comedor. En efecto, abajo había luces. Víctor Ribeyre trabajaba para consolarle... ¡para olvidar!

Andrea continuó un momento pensativa, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas; después se separó de la ventana y volvió al lúgubre salón.

Allí se sentó maquinalmente, bajo la influencia de un desaliento de

enfermedad. ¡Todo había concluido en aquella casa!... ¡Aquellas veladas tan tranquilas en otro tiempo, tan dulces!... ¿Qué había sido de aquella felicidad?

Y mirando en la pared un retrato de Ribeyre, cuando era joven, rió, casi sonrosado, demasiado alegre, como él decía, al notar que el pintor le había adulado con una sonrisa que jamás asomaba á sus labios.

—Padre demi alma! exclamó Andrea enviándole un beso. ¡Pobre padre mío!

Y levantando la pantalla de la lámpara para contemplar mejor el retrato, se horrorizó del cambio que había sufrido aquella fisonomía, antes feliz y entonces tan profundamente demacrada. A pesar suyo, quedó con los ojos fijos en aquel retrato que parecía sonreírle.

En esta situación no oyó el ruido de la puerta de la sala, que se abrió suavemente, ni vió una sombra que permaneció de pie en el dintel; pero la voz dulce á la vez que varonil, de Oliverio Giraud, que la habló, causó en ella el efecto de una caricia, y se volvió, descubriendo al joven, cuyo diestro brazo señalaba el retrato de Ribeyre.

—Recuerde usted bien, dijo el joven, que le ofrezco en este instante no abandonarle nunca.

—¿Nunca?... preguntó Andrea.

—Nunca.

La joven enjugó sus lágrimas.

—Pero ¿será posible lo que usted ofrece? añadió. Es necesario ganar se la vida; tal es el derecho y el deber de todos. Aquí, ya lo sabe usted... mi padre no va á remunerarle dignamente.

Oliverio no la dejó acabar, y acercándose á ella con lentitud:

—¿Se acuerda usted, le preguntó, de nuestra conversación hace dos años en el jardín de Ville d'Avray?

—¿Pues no había de acordarse! Aquellos queridos recuerdos, evocados de pronto, sacaron bruscamente á Andrea de la angustiosa situación en que se hallaba; eran una bruma que desaparecía, dejando ver horizontes risueños... con sol y con flores que sonreían...

—Y usted, dijo ella, ¿se acuerda usted de las campanas de Chaville?

—¿Y los sauces del estanque?

—¿Y el pobre aquí?... Andrea permaneció un momento entristecida, sin hablar, casi sofocada.

—¿Pues no me he de acordar de todo eso? Aquel día fué cuando, al volver del estanque de Villebon, se confesó usted conmigo, como decía. Tenía usted empeño en explicarme su conducta independiente...

—Mi conducta salvaje, dijo Oliverio; y mirando fijamente á An-

NÚM. 12.—TRAJE PARA NIÑA DE 4 Á 6 AÑOS

Andrea permaneció un momento entristecida, sin hablar, casi sofocada.

—¿Pues no me he de acordar de todo eso? Aquel día fué cuando, al volver del estanque de Villebon, se confesó usted conmigo, como decía. Tenía usted empeño en explicarme su conducta independiente...

—Mi conducta salvaje, dijo Oliverio; y mirando fijamente á An-

drea, añadió:—Si usted se acuerda de todo eso, debe estar segura de que cumpliré mi promesa.

Esto lo dijo con un tono de perfecta firmeza, mirando á Andrea cara á cara y francamente.

—La idea de que pudiera usted temer que me faltaría en las ofertas de Guille-mard, me ha impulsado á venir á decir á usted lo que acabo de confiarle. Su padre me necesita, y permanezco á su lado. Es muy sencillo; quiero hacerme perdonar, ya se lo decía á usted aquella noche, quiero hacerme perdonar esta especie de arrogancia y de altanería, esta susceptibilidad que no puedo vencer. Pero es muy natural que tenga estos defectos: la codicia es tan vil que... es preciso evitar á toda costa que puedan sospechar de uno que abriga esa vibora en su pecho. La joven quiso interrumpirle, pero Oliverio continuó:

—Mientras que estos sentimientos alien-tan, como hasta ahora ha sucedido, en esta casa,—y recuerde usted que también la hablé de esto aquella noche—todo será bueno para mí. Soy poco exigente con la suerte; pero alguna vez... no se cuándo... ni por qué motivo, experimento el más insignificante

temor de que se sospeche en mí algo de venal ó de interesado, entonces me iré, y nadie, ni usted misma, Andrea, podrá torcer mi voluntad.

—En efecto, añadió Andrea, eso fué lo que me dijo usted.

Y después quedó silenciosa, bajando los ojos.

El reloj dió las once. Andrea levantó la cabeza.

—¡Oh, qué tarde es! ¡Por Dios, vaya usted á decir á mi padre que no trabaje más!

Oliverio dió un paso hacia la puerta. Andrea le detuvo con una mirada; le tendió la mano, y mientras que el joven le estrechaba con la suya:

—¿Ni yo tampoco? murmuró Andrea con voz cariñosa, mirando á los ojos de su interlocutor.

—Perdóneme usted, señorita... respondió Oliverio con acento algo tembloroso...

Y en el fondo de esta frase, repetida con la firmeza de un soldado leal, palpitaba un amor profundo, velado y entristecido. Sus manos se separaron.

—Voy á hacer que suba su padre de usted, dijo. Hasta mañana.

—Hasta mañana. Andrea, escuchando los pasos del joven, que se alejaba, permaneció un momento

maneció un momento besando con efusión al pobre hombre, en tanto que éste, medio riendo, medio llorando, murmuraba al besar los cabellos de su hija:

—Tienes razón...; ya ves que te obedezco. No me riñas... querida mamá!

XIII

—¡Las once y diez minutos y el amo no sube... y la señora no ha salido aún de su cuarto... y la señorita no ha venido tampoco! ¿Qué pasa? No lo sé; pero sí lo que pasará. Que los huevos se pondrán duros como piedras.

Así hablaba Catalina en el comedor, después de haber puesto la mesa, de llamar á la puerta del cuarto de Genoveva, y de anunciar á Andrea que todo estaba preparado para el almuerzo.

Ribeyre no necesitaba que le avisasen: subía á la hora precisa, con la exactitud de un cronómetro. ¿Por qué no estaba allí? ¿Qué era lo que esperaban todos para ponerse á almorzar? Algo ocurría en la casa, que tenía sobre ascuas á la cocinera.

Catalina había notado que Andrea tenía los ojos muy encarnados. No había duda: era que había estado llorando. Por otra parte, la señora permanecía encerrada en su habitación, y el señor... á Catalina no se le había escapado—el señor había bajado al escritorio poco después de amanecer, y no volvía. ¡Allí pasaba algo! Que no le dijeran á Catalina lo contrario, porque no lo creería.

Por supuesto, que lo que pasaba no debía ser muy halagüeño. Y la cocinera se encogió de hombros viendo en aquella presente desdicha más que un desastre nuevo, el de que los huevos iban á ponerse duros; y Catalina no hacía más que lanzar suspiros, mirando alternati-

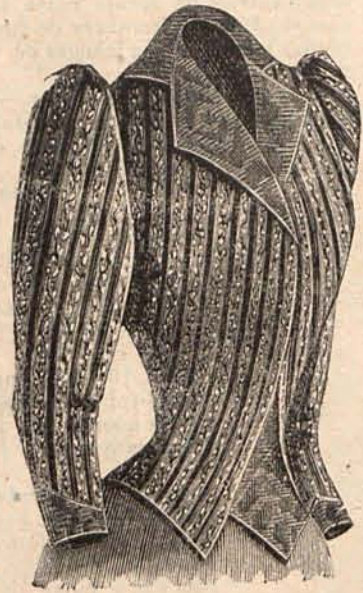
vamente á las hueverías y al reloj.

Nadie llegaba. ¿Habían decidido no almorzar? Sobre el blanco mantel se destacaban en los fruteros las cerezas y las fresas. ¡Catalina había escogido las últimas con tanto esmero!... ¿Ni siquiera las probarían?

En medio de su desolación, experimentó un sobresalto al oír de pronto sonar dos veces, precipitadamente y con bastante fuerza, el timbre de la puerta de la calle.

—¡Por fin!... Sin duda era el amo. Pero no, por regla general el amo no llamaba. ¡Bah! Habría olvidado el llavín. ¡Claro! Por eso no subía, porque lo estaba buscando.

Catalina corrió á la puerta. Ya tenía en los labios la reprimenda de doméstica consentida que se proponía endilgar á su amo: «¿En



NÚM. 6.—CUERPO PARA CALLE



NÚM. 7.—CUERPO PARA TEATRO



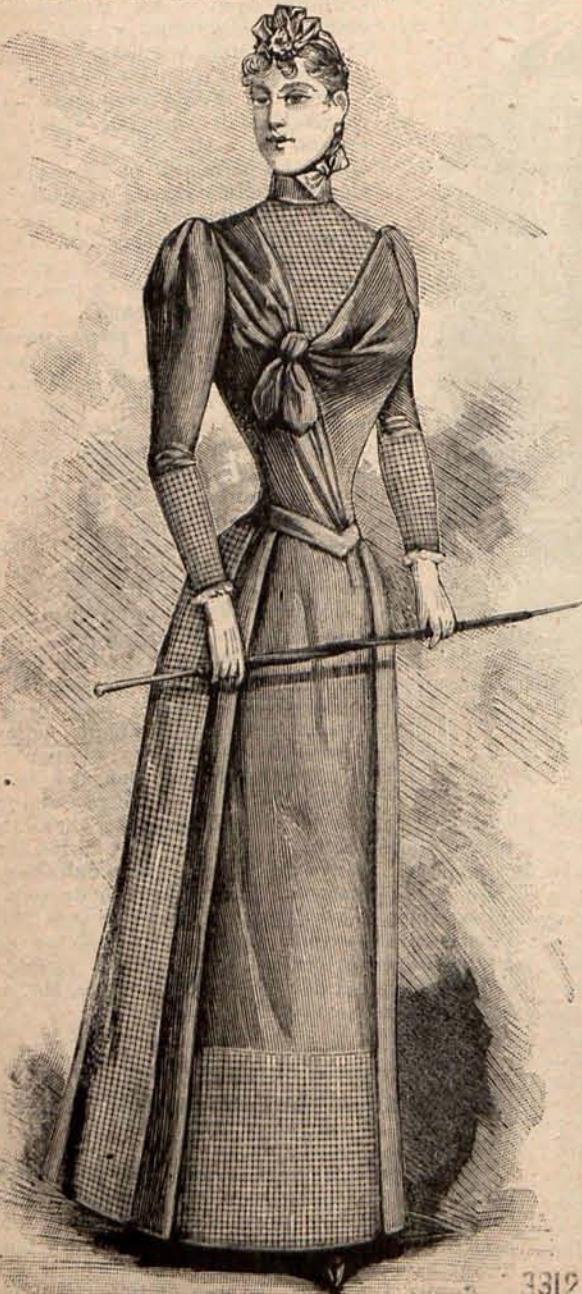
NÚM. 8.—SOMBRERO PILAR



NÚM. 9.—CUERPO PARA COMIDA



NÚM. 10.—CUERPO PARA PASEO



NÚM. 11.—TRAJE PARA PASEO



NÚM. 12.—TRAJE PARA NIÑA DE 4 Á 6 AÑOS



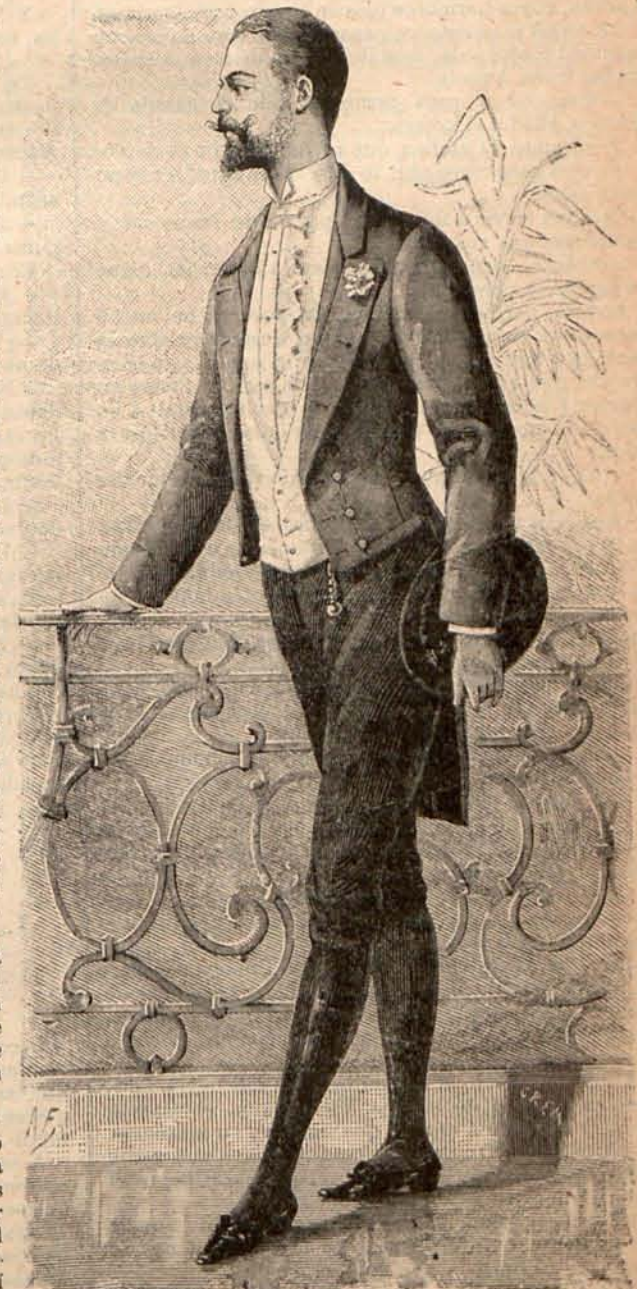
NÚM. 13.—TRAJE PARA CALLE



NÚM. 14.—TRAJE PARA PASEO



NÚM. 15.—TRAJE PARA NIÑO DE 6 Á 8 AÑOS



NÚM. 16.—TRAJE DE «SOIRÉE» PARA CABALLERO

qué está usted pensando, señor? ¿No sabe usted que hay huevos pasados por agua? Ya estarán duros. Pero cuando iba a lanzar este sermón, tuvo que tragárselo. ¡No era su amor!

El que llegaba era el Sr. Auboin, agitado, jadeante, con todo el aspecto de un «suceso extraordinario» según pensaba Catalina. Y sonriendo, al mismo tiempo que su rostro rebosaba satisfacción, entró en el comedor gritando a los platos y a las botellas que había sobre la mesa:

— Soy yo, amigos míos.

Pero el tempestuoso Sr. Auboin se detuvo de pronto al ver que las sillas estaban vacías, y que sobre la mesa se hallaban las hueveras con los huevos intactos, que Catalina miraba con afecto maternal, sin decir una palabra y revelando la más profunda conmiseración.

— ¿En dónde están sus amos de usted? ¿Se han muerto? preguntaba el notario riendo.

La broma pareció lúgubre a Catalina, quien respondió vivamente:

— ¡Ay!... no señor, ¡gracias a Dios! pero...

— ¿Están enfermos? ¿Dónde se hallan? ¿Duermen todavía? Que los despierten.

Y Auboin paseaba de un lado a otro, llenando con su buen humor el comedor vacío.

— Vamos, Catalina, tráigamelos usted, muertos o vivos. Lo que tengo que decirles, los resucitará, si es que están muertos. ¡Han heredado!

— ¡Ay, Dios mío! exclamó Catalina fuera de sí de alegría y elevando las manos al cielo.

Quiso correr, pero la fué imposible: parecía que le habían cortado las piernas.

Precisamente en aquel momento se abrió la puerta que comunicaba con la sala, y entró Andrea.

Al ver a la joven, el notario estrechó sus dos manos alegremente:

— ¡Ah, señorita! le dijo; ¡qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!

Y sacando del bolsillo de su americana un papel doblado bajo un sobre:

— ¡He aquí el testamento! añadió. Chognard, esa especie de comadreja, lo ha encontrado hace poco, hace un momento, como quien dice. Estaba entre una porción de papeles que no se habían inventariado. ¡Heredan ustedes!

— ¿Mi padre?... ¡Ah padre de mi alma! exclamó Andrea, cuyos hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

En aquel momento no pensaba más que en la gran felicidad inesperada, que iluminaba de alegría el rostro del buen Auboin.

— Esto basta para perdonar todo el pasado de Ducrey, añadió el notario.

Y mirando a Catalina, que ni hablaba ni se movía:

— ¿Qué hace usted ahí? le dijo. Vaya usted a buscar a sus amos.

Catalina corrió a llamar a la puerta de Genoveva, y recuperando la voz, gritó:

— Señora... señora!... ¿Que traen la herencia!... ¿Que ha venido la herencia!...

Andrea, perdiendo también un poco el aplomo, a pesar de su calma ordinaria, tuvo deseos de abrir la ventana y llamar a su padre por el patio; pero comprendió que era mejor bajar, para ser la primera en abrazar a aquel pobre hombre y decirle que ya no tenía que matarse a trabajar por ella, y corrió a la oficina.

— ¡Ah!... ¡Qué hermoso despertar después de aquella noche!

Genoveva abrió la puerta. Había pasado la mañana en la soledad de su cuarto, no atreviéndose a presentarse delante de aquel hombre, a quien había ultrajado la noche anterior, a quien había ofendido tan indignamente, y experimentando una especie de vergüenza que la hacía sufrir. Los gritos de Catalina le parecían el despertar de una pesadilla.

— ¿Qué pasa? preguntó, saliendo de su cuarto, pálida, temblorosa, mientras que la antigua criada repetía:

— ¡La herencia, señora! ¡La herencia!

— ¿Es posible? preguntó Genoveva a Auboin, estrechando su mano.

— Sí, señora. ¡Carta canta! He aquí el testamento.

Y el bueno de Auboin agitaba el pliego con el mismo entusiasmo que si fuera un trofeo conquistado en batalla campal al enemigo.

— ¿El testamento? ¿El tío Ducrey?... balbuceó Genoveva, cuya palidez se cambió de pronto en un hermoso tinte sonrosado.

— Testamento ológrafo de Silvano Ducrey; sí, señora, hecho el 12 de Marzo de 1880; hace poco más de un año, y por el cual son ustedes ricos. ¡Ah, señora, le aseguro a usted que esto me satisface tanto como si se tratara de mí mismo!

Auboin se volvió al oír ruido, y vió a Ribeyre apoyado en el brazo de su hija. Víctor tenía el aspecto de un condenado a muerte que escucha su sentencia.

— ¿Qué es eso! exclamó el notario. ¡Vaya una gente pusilánime! ¡Animo! Aquí está, mi querido Ribeyre, el testamento firmado y rubricado.

Ribeyre tendió su mano a Genoveva, quien, movida por un impulso de alegría y de arrepentimiento, se arrojó en los brazos de su esposo.

Víctor, estrechando contra su corazón a aquellas dos mujeres, que eran su vida, su hija y su adorada Genoveva, miraba a Auboin, que radiante de júbilo

agitaba en sus manos el papel que llevaba la fortuna al seno de su familia.

— ¡Sí, amigo, sí! exclamó con alegría el notario. El testador nombra sus herederos a Víctor y a Luis Ribeyre.

— ¿A Luis también? preguntó Víctor, cuyo rostro el día anterior tan triste, se asemejaba entonces al retrato que sonreía en el salón. ¡Ah!... ¡Cuánto me alegro de que se haya acordado también del buen Luis!

— ¿De modo que ha legado?... preguntó Genoveva, que respiraba apenas, loca de alegría como si temiera que todo fuese un sueño.

— Ha legado, sobre poco más o menos, toda su fortuna a sus dos sobrinos, dijo Auboin. Excepto unas cuantas mandas a los criados... a su ama de gobierno... al cochero y otras menudencias, toda su fortuna es para ustedes.

— ¿Toda... toda?... preguntó Genoveva.

— Toda.

— Pero eso es enorme. Eso...

— ¡Ya lo creo! interrumpió el notario. Más de tres millones de francos para cada uno de los herederos.

— ¡Tres millones de francos!

A Ribeyre le pareció que un viento vertiginoso le azotaba las sienes. ¡Tres millones para él!... ¡Tres millones para aquel pobre hombre que aún tenía ante sus ojos el amenazador espectro de un vencimiento de 80.000 francos y que no se atrevía, no sabía, no podía apartar de sí aquel espantoso fantasma!

— ¡Tres millones!

A Víctor le zumbaban los oídos; a sus labios asomaban risas nerviosas que parecían espasmos; sus venas latían con violencia: en una palabra, tenía miedo de volverse loco.

— No he querido tardar en traer a ustedes la noticia, añadió Auboin. Eso sí, he corrido, pero no importa. ¡Estoy satisfechísimo!

Ribeyre balbuceaba la expresión de su gratitud: buscaba frases y no encontraba más que la de:

— ¡Gracias... gracias, querido Auboin!

Y la repetía a sus dos mujeres, como él las llamaba.

— ¡Ah... Genoveva! ¡Hija mía! ¡Pobre Andrea!... ¡Ya no sufriréis más!

— ¡Querido padre! exclamaba en voz baja la joven. Y Víctor, estrechando sus manos y las de Genoveva, repetía:

— ¡Ni tú, ni tú tampoco!

En un rincón, la anciana Catalina sollozaba y decía:

— ¡Gracias a Dios! ¡Por fin el dinero ha ido a parar a manos de personas honradas!

— Dejo a ustedes, dijo de pronto Auboin. Voy en seguida a la calle Torlaque, a Montmartre.

— ¡Es verdad! exclamó Víctor. Hay que avisar al pobre Luis.

El notario se reía.

— ¡El pobre Luis! ¡Compadézcale usted! ¡Ya! es millonario!

— ¿Y Raimunda? preguntó Andrea. ¿No le ha dejado nada el tío?

— Nada; pero compadézcale usted también, dijo el notario. No recibe un céntimo de Silvano Ducrey. En cambio su padre posee de diecisiete a dieciocho millones; de manera que ya tiene para vivir la señorita Raimunda.

Auboin iba a marcharse, cuando Genoveva le detuvo.

— ¡Un instante! le dijo; también yo quiero dar a usted las gracias.

En aquel momento experimentaba un nervioso deseo de llorar, una necesidad de perdón y de olvido.

— ¿A mí, señora? preguntó el notario. Yo no he influido ni poco ni mucho en esto; lo único que he hecho ha sido traer la noticia.

Y volviéndose de pronto a Víctor:

— ¡Ahora que me acuerdo! exclamó. No deje usted de ir esta tarde, a las cinco, a mi bufete. Están convocados todos los herederos. Por fortuna, no son muchos. Hasta más ver.

(Se continuará.)

LA VIDA SOCIAL

USOS, COSTUMBRES Y CEREMONIAS

(Continuación) (1).

Completaremos este trabajo en lo que se relaciona con las leyes, usos y costumbres de nuestro país, para que las lectoras no desconozcan ningún detalle de los que se refieren al acto más importante y trascendental de la vida.

A este propósito ampliaremos la explicación de las velaciones, indicando su significación y las épocas en que se celebran. Según las prescripciones del Concilio Tridentino, las velaciones son las bendiciones solemnes que manda la Iglesia recibir en sus nupcias a los desposados. Las velaciones no pueden hacerse más que en la iglesia, en el tiempo en que están permiti-

das por las disposiciones canónicas. El Concilio de Trento dispuso a este fin que todos observen exactamente las antiguas prohibiciones de las nupcias solemnes o velaciones desde el Adviento o advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo hasta el día de la Epifanía, y desde el Miércoles de Ceniza hasta el octavo de Pascua inclusive. Los matrimonios celebrados durante estas dos épocas, en que las velaciones están prohibidas, son legítimos, y se verifican con arreglo al rito canónico, como todos, con la diferencia de que en su celebración se prescinde de la ceremonia de las arras, así como de la misa. Los que contraen matrimonio canónico cuando las velaciones están cerradas, deben velarse y oír la misa de casados cuando se abran aquéllas.

El mismo Concilio de Trento dispuso que en todas las demás épocas se verifiquen los matrimonios con la ceremonia de las velaciones, que cuidarán los Obispos se hagan con la modestia y santidad que corresponde, pues siendo santo el matrimonio, debe tratarse santamente.

Como la primera festividad religiosa en que las velaciones se cierran es movable, no indicamos aquí su fecha; de todas suertes, cuando más se anticipa es de Febrero a Abril, y cuando más se retrasa, de Marzo a Mayo. La segunda época comprende siempre desde el 27 de Noviembre hasta el 7 de Enero.

DISPOSICIONES RELATIVAS A LOS MATRIMONIOS DE MILITARES.—Ya hemos dicho que los jóvenes que al contraer matrimonio están en la situación de reclutas disponibles, necesitan esperar dos años en esta situación para poder casarse, y que deben dirigir una solicitud al jefe del batallón del depósito a que pertenezcan, a fin de que éste firme su certificado de soltería.

Los militares en activo servicio pueden contraer matrimonio sin dificultad alguna, siempre que tengan, por lo menos, el empleo de capitán. Los tenientes y alféreces también pueden en la actualidad contraer matrimonio, autorizados por Real orden; pero sus esposas no tienen derecho a viudedad cuando ellos fallecen.

No hace aún mucho tiempo que estaba terminantemente prohibido el matrimonio a los alféreces y tenientes, a menos que no justificasen disfrutar de una posición desahogada, para lo cual debían depositar previamente la cantidad de noventa mil reales en metálico o en valores del Estado. No tenían derecho a exigir la devolución de esta cantidad hasta tanto que ascendiesen al empleo de capitán, en cuyo caso se les entregaba el depósito que habían constituido. Claro está que muchos militares pobres podían eludir en cierto modo la prescripción legal, o casándose con una señora acomodada que les facilitase medios de imponer el depósito, o apelando a los buenos oficios de un usurero, recurso este último que autorizaba marcadísimamente el propósito del legislador. Por esta y otras causas cesó de exigirse el depósito de noventa mil reales a los alféreces y tenientes que deseaban casarse, pero quedó vigente la prohibición: así, pues, la circunstancia de ser oficial subalterno es, con arreglo a las leyes militares, un impedimento para contraer matrimonio. Ese impedimento se dispensa con una Real orden, que es fácil obtener; pero de todos modos los sargentos, alféreces y tenientes que se casan no pueden dejar viudedad a su esposa, ni orfandad a sus hijos. De aquí el que algunos tenientes enamorados esperen años y años sin casarse hasta que llegue la anhelada tercera estrella, que asegura en cierto modo el porvenir de su amada y de sus futuros vástagos; pero estos oficiales previsores y pacientes están en minoría, y son bastantes los que se lanzan a recibir la bendición nupcial fiando a la Providencia la futura suerte de su familia.

Antiguamente el Estado no pagaba retiros a los militares ancianos, cualquiera que fuese su graduación, ni pensiones a su viuda o hijos; aquéllos estaban siempre considerados como en activo servicio, y el porvenir de su familia dependía de su previsión o de la suerte. A fin de evitar la miseria en que podían caer las familias de los militares muertos, y también para conceder algún descanso en la vejez a los veteranos encanecidos en el servicio de la patria, crearon los oficiales y jefes de todas las graduaciones una especie de asociación benéfica, o caja de previsión, a que dieron el nombre de *Montepío militar*, en la que depositaban el 10 por 100 de sus haberes, debiendo a más dejar íntegra en ella la primera mensualidad de su nuevo empleo cuando ascendían. El *Montepío militar* se encargaba de dar pensiones a los militares que por sus años no podían continuar en el servicio activo, y una renta vitalicia a la viuda o hijos del oficial o jefe que fallecían. En poco tiempo el *Montepío militar* llegó a reunir un capital enormísimo (cientos de millones), cuyo interés bastaba a llenar las atenciones de la Sociedad. Entonces el Estado se atribuyó la Administración del inmenso capital del *Montepío militar* y creó el actual sistema de pensiones, negando, sin embargo, al subalterno que contrae matrimonio, la satisfacción de ver a su muerte asegurado el pan de su familia.

(Se continuará.)

MARIO LARA.

LA CERVARA

La fiesta que debe verificarse próximamente en la Florida, y á la que en el programa de las fiestas que se están celebrando se ha dado este último nombre, está inspirada en una análoga que de antiguo, aunque con intermitencias, celebran en Roma los artistas, y se conoce con el nombre de *Cervara*.

En una de mis novelas he descrito esta fiesta, cuyos pormenores me refirió el insigne pintor D. José Casado del Alisal, tal como se efectuó cuando el que más tarde fué una de las más preclaras glorias del arte español, era alumno aventajadísimo de la Academia que sostiene España en la Ciudad Eterna.

Presumo que esta reseña despertará alguna curiosidad en los momentos en que vamos á verla reproducida en Madrid, y extracto de ella á continuación los datos que me parecen de mayor interés.

La fiesta de la *Cervara*, llamada así porque se celebró al principio en un campo conocido con este nombre, fué ideada por los artistas alemanes que tenían un círculo en el Palacio de la Fontana de Trevi. Aunque más tarde se verificó en el *Monte Sacro*, no por eso perdió su primitivo nombre.

A los artistas alemanes se unieron los de los demás países, y la fiesta en honor de Flora se celebraba el día 1.º de Mayo. Los preparativos se hacían en el Círculo de los artistas alemanes, y el presidente de esta Asociación era el que presidía la fiesta, tomando para el caso el histórico nombre de *Numa Pompilio*.

En Roma hay siempre, por término medio, unos mil artistas de todas las regiones del mundo. Sólo ellos tomaban parte en la solemnidad, y como un gran honor extendían su privilegio á algunos aficionados distinguidos, á algunos elevados personajes, y á los príncipes que residían en Roma el día de la fiesta.

Entre los artistas se elige al más guapo para que desempeñe el interesante papel de *Ninfa Egeria*, y se ponen á su servicio dos pajes, que van ricamente ataviados con trajes de vivos colores y llevan en el brazo el distintivo de su cargo.

En las primeras horas de la mañana se reunían en el palacio de la *Fontana de Trevi* los principales personajes de la función, y á las ocho en punto, después de recorrer algunas de las principales calles de la ciudad con la carroza y demás accesorios, se dirigían al paraje en donde todos los artistas debían reunirse. Nada más curioso que ver máscaras por las calles en el mes de Mayo, y el público gozaba de este espectáculo, porque todos los que toman parte en la fiesta deben ir disfrazados. Tratándose de artistas, se comprende que no faltaría ingenio y gracia en los trajes con que se disfrazaban.

Numa Pompilio, que era por lo general un robusto alemán, vestido con un traje entre gótico y mitológico, teniendo á su diestra á la *Ninfa Egeria*, recibía con la mayor finura á los que llegaban, y cuando todos estaban reunidos, la comitiva partía en dirección del *Monte Sacro*. Delante iban los convidados á pie, con trajes variados, aunque, en su mayor parte, cada cual usaba el característico de su país. Todos caminaban alegremente, saltando, bailando y hablando, como hablaban nuestros antepasados en la famosa Torre de Babel.

Detrás de los que iban á pie, marchaban los artistas franceses, por lo general montados en borricos. Después los jinetes, en briosos caballos, y luego la carroza, en la que había un trono engalanado con guirnalda de flores y banderolas. Tiraban de ella buyes con cuernos de oro y vistosas gualdrapas. En el trono aparecía *Numa Pompilio*, y á su derecha la *Ninfa Egeria*. Alrededor de estas dos importantes figuras, formaban grupos los esclavos y esclavas, representados por artistas. A los lados del carro triunfal cabalgaban los correos de gabinete, encargados de transmitir las órdenes del Soberano.

La escolta se componía de numerosos y elegantes carruajes, que para contribuir al esplendor de la fiesta enviaban las familias aristocráticas de Roma, y el Cuerpo diplomático. En algunos iban sus dueños y muchas señoras, que consideraban como un honor ser admitidas á tomar parte en el regocijo.

Todos los artistas que desempeñaban algún papel importante, podían llevar á su lado, para su servicio, modelos del uno y el otro sexo.

El año en que se celebró la fiesta que me refirió el inolvidable Casado del Alisal, los alemanes amenizaron el cortejo con una comparsa compuesta de todos los personajes que figuran en el *Quijote*. Esta idea, y su realización, alcanzaron un éxito maravilloso.

Al llegar al *Monte Sacro*, donde existe la gruta en la cual *Numa Pompilio* consultaba á la ninfa *Egeria*, se detenía la carroza y los convidados rodeaban al Soberano. Este solía pronunciar un discurso en alemán, quedándose la mayor parte de los oyentes en ayunas; pero los jefes de cada fracción ó nacionalidad hacían una traducción á su gusto del discurso del Monarca, lo que se prestaba á una broma siempre ingeniosa y divertida.

Después se procedía al sacrificio del cordero y se entregaban las entrañas á los que hacían de augures, para que estudiaran ellas lo que iba á pasar aquel día. No hay para qué decir que los augures, después de un serio y detenido examen, anunciaban que el día sería

feliz, que todos se divertirían, y que algunos tomarían sendas turcas, volviendo á recuperar la razón después de haber dormido algunas horas.

Este augurio llenaba de placer á los concurrentes, *Numa* les aconsejaba que aprovecharan el tiempo, porque la vida es corta; un paje presentaba al Soberano una copa de oro cincelado, en el que bebía á la salud de los circunstantes; después bebía también la ninfa. Acto continuo ordenaba *Numa* á sus ayudantes que señalasen el terreno en que debía celebrarse la fiesta; y éstos trazaban un inmenso círculo con estacas y cuerdas, cuyos límites no podían traspasar los profanos.

Los alrededores se llenaban de curiosos de todas las clases sociales; y mientras los artistas devoraban los manjares conducidos en carros, el público, que llevaba también comestibles, se entregaba á los placeres de la gastronomía. Los artistas solían acercarse á la valla y obsequiaban con dulces á las personas á quienes conocían, y que formaban en el número de los espectadores.

El mayor orden reinaba en la fiesta, y eso que el Gobierno no enviaba un solo agente de seguridad. Los mismos artistas designaban entre ellos unos cuantos para que velasen por el orden, y lo mismo sus compañeros que el público los respetaban más aún que á la misma autoridad. Las músicas llenaban el espacio de armonías. Unos bailaban, otros corrían, otros declamaban; reinaba una algazara, una alegría, una animación indescriptibles.

A las cuatro se servía la comida, no menos bulliciosa que el almuerzo, y al anochecer volvía á formarse la comitiva, llegando con el mayor orden al punto en donde se habían reunido por la mañana.

Allí se diseminaban, recorriendo de nuevo los enmascarados las calles de la Ciudad Eterna, no sin haberse despedido unos de otros con la efusión de los que tienen alma de artista.

JULIO NOMBELA.

A LA LUZ DE LA LÁMPARA

En el Hipódromo.—Trajes claros.—Coro de ángeles.—Las carreras de caballos.—Damas de la Reina.—Antiguas y modernas.—Las candidatas.—Etiqueta de Palacio.—Se agita la fiesta.—Preparativos.

Pocas veces ha estado el Hipódromo de la Castellana más animado y más brillante que la tarde en que se celebró la tercera reunión primaveral.

El tiempo, haciendo una excepción, no mostró sus habituales rigores contra el espectáculo exótico, y lució espléndido las bellezas primaverales, de que no es en verdad muy pródigo este año.

El buen tiempo ejerce gran influencia sobre el ánimo; el sol disipa, no sólo las nubes, sino las tristezas, y un cielo azul, espléndido, purísimo, lleva al ánimo alegrías.

Las acacias con flor; los castaños de Indias con sus blancas y delicadas pirámides, destacándose entre las hojas verdes; los aromas que recoge el aura suave y delicada para esparcirlos luego, todo contribuía á difundir la animación, y salieron de los armarios los trajes claros, y se lucieron los más coquetones sombreros primaverales.

El luto que la corte lleva por la muerte de una hermana de la emperatriz de Austria, hacía vestir de negro á las damas de la Reina, y ésta era la única nota oscura del cuadro animadísimo y brillante que presentaba la tribuna de libre circulación, ó del *passage*, como dicen los franceses.

Allí se reúne lo más elegante de la sociedad madrileña, y el menudo y verde césped es pisado por pies encantadores; por todas partes se ven grupos que recorren los de los paisajes de los abanicos del siglo XVIII, que reproducían los idilios elegantes en que la pastorcillas vestían de raso.

Las muchachas jóvenes estaban en gran mayoría, y la sociedad de Madrid tiene ahora un coro de ángeles bellísimos, bellezas primaverales que suceden á las que van envolviéndose en las melancolías del Otoño.

Las señoritas de Shee Saavedra, las de Parladé y de Loring, las hijas de los marqueses de Távora, las de los condes de la Patilla, las de los marqueses de la Laguna, las de los condes de Santa Coloma, las de Santa Genoveva, la de las marquesas de Besaya, las de Vía Manuel, la de los marqueses de Atarés, la de los duques de Vivona, que da sus primeros pasos en el mundo, y otras muchas, forman un conjunto de muchachas bellísimas, frescas y lozanas, como las rosas de Mayo que encantan la vista.

Casi todas vestían de blanco, de azul, de rosa, ó del amarillo, que está ahora tan en boga. La encantadora Silvia Xiquena llevaba un traje de este color, velado con gasas blancas, que era de unos tonos delicadísimos, y sus primas las de Guadalest lucían trajes de color tórtola, con corpiño de terciopelo verde, bordado con cordones de oro.

Los trajes de cachemir blanco con cinturones, mangas ahuecadas y delanteras de terciopelo de color, abundaban mucho, y había una preciosa variedad de sombreros de tul con lazos y rosas.

Las sombrillas de tul ó de gasas con flores hacen un efecto precioso; cerradas, forman un gran bouquet;

abiertas, parecen un dosel para cobijar la hermosura.

Nuestras abuelas usaron las sombrillas muy pequeñas; revolviendo en sus cajones encontramos todavía aquellos primores cubiertos de encaje y con vara de marfil ó de coral que se doblaba, y que no eran más grandes que un girasol.

Ahora, por el contrario, el palo es largo como un bastón, y la sombrilla grande; hay algunas que, abiertas, casi parecen una tienda de campaña que sirve de refugio á una belleza.

No se puede decir que las carreras de caballos se hayan aclimatado por completo en España. Hay más animación en el Hipódromo de la Castellana que en aquel de la Casa de Campo que se abrió y se cerró en el reinado de doña Isabel II; pero esta animación dista mucho de la de las carreras de Londres y París, y no tiene tampoco el aspecto de agradable jira campestre que adopta en algunas ciudades de Andalucía, en Sevilla especialmente.

El duque de Fernán Núñez, el marqués de Villamejor, Garney, son casi los únicos que sostienen aquí la diversión favorita de los ingleses, y el día en que se cerrasen sus cuerdas, faltarían los elementos principales para las carreras; pues á pesar del tiempo que hace que se celebran regularmente reuniones en primavera y en otoño, no se han formado en España cuerdas nuevas, y las luchas están siempre reducidas á los mismos nombres.

La categoría de dama de la Reina es muy apreciada por las señoras de la aristocracia. Las agraciadas tienen que ser necesariamente Grandes de España, y usar el lazo rojo con la inicial en brillantes de la Reina; es la más alta categoría nobiliaria para las señoras del gran mundo.

Al principio de la Restauración no había, como es natural, más damas que las que lo fueron de la reina doña Isabel II, pues no se reconocieron los pocos nombramientos de este género que hizo la reina doña María Victoria, y que recayeron en la duquesa de Fernán Núñez, en la de Prim, en la de la Torre, en la de Tetuán y en la condesa de Almina. La esposa de D. Amadeo de Saboya regaló, como distintivo, á sus damas un gran círculo de brillantes con la M. y la V. enlazadas. La duquesa de la Torre le ha usado como recuerdo de aquella Reina, poniéndole de broche en un collar de perlas.

La duquesa de Fernán Núñez, que era antigua dama de doña Isabel, fué la única que recobró su rango al triunfar la Restauración.

Durante los Ministerios presididos por el Sr. Cánovas del Castillo se hicieron varios nombramientos, que aumentaron el personal de damas con algunas jóvenes. Fueron entonces nombradas la duquesa de Alba, la del Infantado, la de Sessa, la de Osuna, la condesa de Guadalupe, y otras.

Las damas antiguas llevan el lazo rojo con las iniciales de Isabel II; otro con las iniciales de la malograda doña Mercedes de Orleans, y otro con las de la Reina actual; las más modernas sólo llevan uno; el de la reina doña María Cristina.

La actual Soberana ha hecho pocos nombramientos de este género; no recuerdo más que el de la duquesa de Mandas y el de la marquesa de Vega Armijo. Ahora, según se dice, se va aumentar la lista, y figuran entre las candidatas la duquesa actual de Bailén, la condesa de Villagonzalo, la de la Corzana, hija de los condes de Heredia Spínola, casada con el heredero de los títulos de la casa de Alcañices; la duquesa de Vivona, hija del marqués de la Habana y esposa de conde de Xiquena; la marquesa de Sierra Bullones, y otra que completará el número de seis.

Las damas hacen guardia con la Reina por riguroso turno; la guardia consiste en ir á Palacio antes de que comiencen las audiencias, saludar á la Reina y constituirse en la antecámara para ir recibiendo á las personas que van á saludar á S. M.

Si la Reina sale, la acompañan; comen con ella, y van al teatro con S. M., ó la hacen la tertulia hasta que se retira á sus habitaciones particulares.

Los días de gran recepción ó de capilla pública van todas á Palacio en traje de corte, que consiste en falda con gran manto, que cae de la cintura; corona de brillantes ó adorno de pedrería en la cabeza, y mantilla, por regla general blanca.

Además de las damas Grandes de España que hacen el servicio que dejamos indicado, la Reina tiene cuatro damas, títulos de Castilla, que hacen servicio por la mañana y cobran sueldo; sus funciones cesan en cuanto llega la Grande, cuyo cargo es puramente honorífico.

La infanta Isabel sólo tiene á su servicio una dama de compañía, la marquesa de Nájera, su compañera de la infancia, y una dama Grande de España, que es jefe de su cuarto. La condesa de Superunda desempeña estas funciones.

La reina doña Isabel no tiene más que una dama Grande de España, la duquesa de Híjar.

La etiqueta de Palacio, que era antes muy complicada, se modificó mucho después de la Restauración, por iniciativa del rey D. Alfonso, que suprimió la costumbre—que tenían de antiguo los reyes de España—de tutear á todos los que se acercaban, menos á los eclesiásticos; y cambió en recepciones los besamanos.

Las damas y los cortesanos antiguos besan todavía

la mano á las personas reales; pero la reina doña Cristina no tutea á nadie, ni aun á las damas con las que tiene más confianza.

La lluvia ha aguado muchas fiestas de las que se debían celebrar al aire libre; pero continúa la animación para otras, como el baile del teatro Real, que promete estar brillante.

De blanco y negro le llaman, y hay padre y marido que se ve negro para conseguir un billete.

EL ARATE.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Una rubia granadina.—Transmití su reclamación á quien correspondía, y seguramente habrá usted sido atendida.—Elija usted para el traje que proyecta un fular fondo heliotropo, con dibujitos ó rameados color marfil. Estos dos tonos están muy de moda y armonizarán perfectamente con su tipo. En cuanto á la forma, indico á usted como muy elegante la que sigue: Falda recta. El delantero se drapea ligeramente por medio de dos escarapelas de cinta heliotropo, graciosamente colocadas. La parte baja de esta falda se guarnece con un ancho entredós de encaje color marfil. Cuerpo corto con delanteros fruncidos y sujetos por un corselete de encaje. Mangas lisas. Hombreras y puños de encaje.

Minerva.—El adorno más á propósito para el sombrero de esa señorita, es una guirnalda de flores y algunos lazos de cinta.

Valencianita del Cid.—He recibido su carta y el importe de los encargos. La forma en que ha efectuado usted el pago nos satisface por completo.—Ya habrá usted visto mi contestación á su carta anterior.

Complutense.—Tengo verdadero placer en facilitar á usted las noticias que desea obtener. He transmitido su pregunta á María Guerrero, y me ha manifestado que lleva 50 pesetas al mes por enseñar á cortar. Con una regular disposición, bastan dos ó tres meses para aprender tan difícil arte.—Supongo en su poder el Catálogo que en su carta me pedía, y me alegraré que le sea de alguna utilidad.

Cebra.—Apunto este pseudónimo, y me permito decir á usted que, más que por lo que usted indica, se distingue ese cuadrúpedo por su belleza y elegancia. Sólo en atención á estas circunstancias acepto la idea del parecido que usted pretende tener con el susodicho.—En la Administración me dicen que facilitaron sus encargos á la dadora de la carta.—Agradezco á usted su resolución de escribirme, y espero que seguirá usted comunicándose conmigo siempre que lo juzgue conveniente.

C. P.—La tela cuya muestra me remite usted se encuentra dentro de las exigencias de la moda actual. Se puede utilizar en un traje parecido á la figura primera del grabado 20 del núm. 120 de LA ÚLTIMA MODA, sustituyendo con encaje las quillas y adornos de seda cuadrículada.

Fulanita.—Para conseguir con éxito seguro lo que usted se propone, no hay nada mejor que la *Crema de la Meca*; pero no puedo proporcionar á usted su receta, porque desconozco por completo los ingredientes de que se compone. Lo único que puedo hacer en su obsequio es hacer que se la envíen á usted si se decide á adquirirla.—Conozco un periódico de la índole del que usted indica. Se publica en París. Si á usted no le importa que esté escrito en francés, me enteraré del precio de la suscripción, y se lo indicaré.

A. C.—Las dos muestras que me envía usted son muy bonitas. Más me gustaría una lanilla azul para combinar con la blanca crema; pero tampoco resultará feo un trajecito compuesto de falda plegada, cuerpo fruncido, abierto sobre una camiseta de encaje. Mangas de encaje. Escarapelas de cinta adornando el escote, los hombros, la cintura y las bocamangas.

G. L.—Haga usted las tiras de la colcha de raso granate. Para el bordado de las flores y capullos debe usted emplear seda de varios tonos rosa pálido. Las hojas se hacen con seda verde hoja seca, de tres tonos.

C. de N.—El luto á que usted se refiere dura seis meses: tres de riguroso y tres de alivio.—Puede usted usar el traje y el abrigo que me describe. Capota de finísima pasamanería negra, adornada con lazos de cinta y una mariposa de encaje y azabache.

A una admiradora de Eiffel.—No está usted obligada en modo alguno á hacer un regalo al niño de su amiga; pero si quiere usted cumplir con exceso, no hay inconveniente en que le obsequie con uno de esos mil juguetes que ofrecen á la vista los lujosos escaparates de los bazares.

Calandria.—Veo por su carta que es usted aficionada á los trajes pintados, y tengo mucho gusto en dar á usted algunas noticias acerca ellos. La pintura se emplea como elemento de adorno, bien sobre el traje, en cuyo caso es necesario que éste sea de piel de seda, ó en forma de tiras, quillas, plastones, etc. Indico á usted las combinaciones de colores más de moda para esta clase de trajes. Sobre un fondo heliotropo, violeta ó pensamiento, las pinturas que se empleen deben ser de tonos rosa pálido, blanco ó gris perla. Sobre fondos gris perla ó marfil sientan bien los colores azules, violeta ó rojo, y sobre el blanco admite todos los tonos que no resulten de efecto llamativo.

P. L. R.—Creo, como usted, que las mariposas de encaje y azabache son uno de los adornos más lindos con que nos brinda la Moda este año. El precio de una mariposa de esta clase, en tamaño á propósito para capota ó sombrero, es 60 pesetas.—Para la actual estación, encuentro más á propósito lo primero que lo segundo.

L. L. P. S.—Traje de muselina de lana. Sombrero de encaje. Si se trata de un escudo grande, puede usted colocarlo en el centro de la batista.—Por 15 ó 20 pesetas puede usted adquirir un bonito abanico de varillaje calado y país de crespón.—Para la niña, calcetines de hilo de Escocia, blancos ó del color del traje.

Mariquita.—Con las horquillas *Princesa de Gales*

obtendrá usted un rizado mediano. El fular es una de las telas que están más de moda, y no debe usted vacilar en elegirla para el traje de paseo.

R. L. de V. T.—Si la forma del aderezo de amatistas que usted posee es algo antigua, le aconsejo que le mande reformar. Esa linda piedra preciosa está hoy muy de moda.—Guantes gris perla con cadenas negras.—El *Agua flamenca* proporciona al cabello el tono rubio que usted desea obtener.

Mariposa.—Imposible me es contestar á usted con el acierto que quisiera, porque ignoro á qué clase de labor alude. En cuanto aclare usted esta duda, me apresuraré á proporcionarle los datos que desea.

Una malaqueña.—Su carta no llegó á tiempo para ser contestada en el número que usted indica.—El precio del específico es de 14 pesetas, en Madrid. No tengo inconveniente en hacer que se lo remitan, si así lo desea. Puede usted abonar el importe en libranzas ó sellos, certificando la carta en este último caso.

Jazmín del Cabo.—Me parece muy bien la idea del regalito, y debe consistir en un objeto destinado al recién nacido. Una camisita bordada al plumetis, ó un gorrito de encaje inglés ó encaje *Renacimiento* es, sin duda alguna, un presente que agradecerá en extremo su íntima amiga.—No, señora. Si la niña que usted indica está bastante desarrollada, es mejor sustituir los calcetines por medias de hilo de Escocia de tonos oscuros.—Se pidieron los patrones á París, y es muy posible que á estas horas estén ya en su poder.

Pensamiento de Canarias.—En el número próximo tendrá el gusto de contestar á su última y muy grata.

Una tonta.—Solución á su pregunta: haciendo que otra persona se encargue de satisfacer el importe.

Dos del arte.—Para conseguir lo que se proponen ustedes no hay más que buscar á la persona en cuestión, en el sitio en donde se encuentre.

L. D. de V.—Las dos letras que usted necesita para el bordado de la mantelería, aparecen en el cromo que se reparte con el presente número.

Matilde G.—Puntilla de malla rodeando el contorno del edredón.

LA SECRETARIA

EL REGALO DE ESTE NUMERO

Cromo que representa la terminación del Abecedario para marcar mantelerías con algodones ingleses.

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1600 reis. Un año, 3000.

Son Agentes exclusivos de LA ÚLTIMA MODA: en Cuba, D. Juan Juli, Habana; en México, los señores J. Ballester y Compañía; en Buenos Aires, don Marcelino Bordo; en la República del Uruguay, D. Francisco Arroyo, y en Portugal, Mídões y C.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubifios, plaza de la Paja, 7 bis.

PERFUMERÍA - ORIZA

L. LEGRAND

11, Place de la Madeleine, (antes, 207, Rue St-Honoré), PARÍS

PRODUCTOS ESPECIALES RECOMENDADOS

SAVON ORIZA VELOUTÉ ORIZALINE, tintura instantánea
CRÈME-ORIZA Hermosura del Rostro.
ORIZA-LACTÉ Conservación de los Cabellos.
ORIZA-OIL Polvo de arroz
ORIZA-TONICA ORIZA-POWDER
ORIZA-VELOUTÉ a base de

Última Novedad

PERFUMERÍA ORIZA á la VIOLETA del CZAR.
Jabon, Agua de Tocador, Perfumes y Dentífrico á la VIOLETA del CZAR.

PERFUMES SOLIDIFICADOS (Ess-Oriza) bajo forma de Lápidos y Pastillas, 12 Olores.
De venta en casa de todos los Peluqueros y Perfumistas.

DESCONFIÉSE DE LAS FALSIFICACIONES



Catálogo-Bijon remite gratis y franco.

VINO DE MILLET

Chalybé Balsámico

TÓNICO RECONSTITUYENTE

Tónico superior, de una eficacia cierta en la Anemia, la Clorosis, la Debilidad, la Impotencia, las Fiebres, la Bronquitis crónica, las Enfermedades Mentales y nerviosas.—Precio 3 fr. el frasco. Modo de usarlo: dos ó tres copitas de las de licor cada día. Depto F. E. MILLET, 41, r. des Francs-Bourgeois, PARIS. Se envían franco 2 frascos por 7 francos.

Manufacturas Norteamericanas.

Fuencarral, 25, Madrid.

NOVEDAD.—Remontoirs para señora y caballero, de acero legítimo oxidado, con iniciales ó facsimil, un año de garantía. Precio: desde 30 pesetas en adelante.

RELOJES DE PARED.—Reguladores de un metro de alto, en elegantes cajas de nogal, roble y palosanto, con cuerda para quince días y campana, desde 40 pesetas en adelante.—La Administración de LA ÚLTIMA MODA se encarga de proporcionar estos relojes á sus suscriptoras, remitiéndolos hasta cualquier estación de ferrocarril que se le designe, y siendo el embalaje y porte de cuenta de las personas que hagan el pedido.

JABON DE CANDOR

FABRICADO

por M. F. Manent de París.

Precio de la caja con tres pastillas, en Madrid: 3 pesetas.—Se vende en la Administración de LA ÚLTIMA MODA.



LAMPARILLAS SUMERGIBLES

de doble servicio.



MUY LIMPIAS Y BONITAS

Treinta horas de hermosa claridad con los aceites malos y cuatro días con los clarificados.

La caja para 100 servicios: 5 céntimos.

En todos los bazares y quincallerías. Naveau y C. 22, rue Dussoubs, París.

CREMA DE LA MECA

F. Dusser, inventor,

Conserva la pureza y la frescura del cutis.—Se vende en la Administración de LA ÚLTIMA MODA, al precio de 5 pesetas.

RODAJAS PARA SACAR PATRONES.

Precio en Madrid: 1,25 pesetas. En provincias, incluido porte y certificado, 2 pesetas. Diríjanse los pedidos á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

Agente de publicidad de «La Última Moda» Alemania: H. Eisler.—Hamburgo.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS